

Homenaje a Darío y Goyo

Es impresionante constatar que estamos a 40 años de su muerte. Tendrían hoy más de 60 y seguramente hijos y nietos. Sí, es impresionante constatar la imposibilidad del olvido. No solo el olvido de uno u otro, de los aquí presentes. El olvido de la nación. Si alguien creyó en el olvido, lo ocurrido este Septiembre nos dice que al menos el desenlace trágico de la UP con su secuela de muerte, tortura, exilio, persecución, humillación, tuvo una envergadura tal, que el olvido se hizo imposible.

No es algo menor. Nuestra vida esta hecha de muchos recuerdos, de muchos sueños, pero también de muchos olvidos. Es sano que así ocurra. Pero hay vivencias que aun que pasen años resultan imposibles de olvidar. Son las que marcaron más a fuego nuestra vida. La frase de un buen maestro, la imagen de ese instante de mamá o papá que renace en ti, eso beso que hasta hoy te estremece, ese paisaje sobrecogedor que contemplaste quizás hace decenios. No solo es imposible olvidarlo. Es peor, el recuerdo agranda ese instante, ese beso, esa escena. Bueno, así ha ocurrido con Chile entero a 40 años del golpe. La lucha de decenios contra el olvido se ha anotado una victoria impactante.

Pero los recuerdos no son iguales. Como escribe en el libro sobre las víctimas del Mapu que lanzamos el 2007 una hermana de Cecilia Magnet, *“paradojalmente (es la herida), ella es lo que nos une, en ella nos reconocemos”*.

Por eso, no por egoísmo y sectarismo, ni porque algunas fueran más víctimas que otras, nos reconocemos más en algunos. Es imposible que un hijo desparecido no esté más presente en el corazón de una madre que los demás desaparecidos. Así para cada uno de nosotros las víctimas más cercanas, aquellas en que nos reconocemos, nos remecen y movilizan de manera especial.

Es lo que nos ocurre a los presentes con las víctimas del Mapu y son Darío y Goyo para quienes los conocimos y compartimos esos años con ellos.

Hablar de ellos dos me obliga a la impudicia de hablar de mi por la cercanía que tuvimos en esos años.

Sobretodo Darío me acompañó desde los inicios de la UP y a través de él llegó Goyo. Darío fue mi chofer cuando mi designación de subsecretario por el Presidente Allende exigió tener uno. Se buscó en el Mapu, por la confianza que debía depositarse en él. Se buscó alguien que manejara bien y Darío lo hacía, con seguridad, aun a veces con los ojos rojos de cansancio. Se le preparó en cuestiones básicas de seguridad que en esos tiempos estaban a la orden del día. Nunca me separé de él en todos esos años. Más de una vez tanto Darío como Goyo pasaron noches en mi casa. Mis hijas los querían y reconocían como parte de su hogar.

Mientras escribía estas líneas recordé ¡tantas anécdotas! ¡pequeñas, cotidianas, de las que no constan en la historia! Como la noche del terremoto, recorriendo Santiago a oscuras hasta nuestro lugar de trabajo, mientras escuchábamos en la radio del auto al Presidente Allende que inició sus palabras para llamar a la calma y dar información, diciendo: "Chilenos, les habla el hombre que más temor a los terremotos existe en Chile...(Tener temor es normal, lo importante es vencerlo y, sobretodo, no trepidar en asumir lo que el destino el deparó). Recuerdo la noche en que Goyo salió a la calle a hacer callar a unos vecinos algo hippys que tenían indignado al barrios con sus reiteradas y atronadoras fiestas de escándalo y botella en la calle; salió, soltó dos tiros al aire, se hizo primero silencio y volvió triunfante en medio de una ovación de toda la cuadra. En fin, son recuerdos políticos, pero también cotidianos, propias de vidas compartidas.

Dejé la subsecretaría para asumir la campaña para las cruciales parlamentarias de Marzo de 1973 y obviamente allí se fue Darío conmigo. Recorrimos casi completa, varias veces, esa vasta geografía hoy llamada Octava Región y siempre con Darío al volante, incansable y seguro. Vivió conmigo y mi familia cuando nos trasladamos a un departamento Serviu de la población Simpson en Talcahuano (desde la

ventana del baño veíamos los partidos de Naval), convencido que mi vida transcurriría hacia delante en la región penquista.

Pero vino mi elección como Secretario General del Mapu en Diciembre del 72. Eso y la dramática ruptura del Mapu dos días después de la elección de Marzo de 1973 me devolvieron a Santiago con mi familia y por supuesto con Darío.

Pero traíamos también algo más. Venía el amor en la mochila de Darío. En Concepción conoció a una joven del Mapu, se enamoraron y ennoviaron.

En esos meses turbulentos entre Marzo y Septiembre de 1973, probablemente Darío fue el militante del Mapu que más ví. Todos los días y varias veces al día. El manejaba al Congreso, a las entrevistas multiplicadas en esos tiempos de crisis, a las reuniones partidarias de un Mapu choqueado con la ruptura, a esa reunión con marinos en Valparaíso, pedida por ellos. Citas de los marinos conmigo y otros dirigentes, que Merino utilizó mañosamente para alinear a la oficialidad contra su Comandante el Jefe, el almirante Montero y poco después contra el Presidente de la República.

Aquí los recuerdos me detienen y llevan a otros espacios. Es la sensación de irreabilidad de estar vivos, porque muchos de los que aquí estamos podríamos ser parte de las víctimas de esos tiempos, donde la vida y la muerte eran una ruleta que condenaba y salvaba arbitrariamente. Todos éramos arrastrados a ella por el sólo hecho de existir, de ser quiénes éramos. Algo de esto me provoca siempre el recuerdo de Darío y Goyo. Obviamente no podían sino estar detectados como estrechos colaboradores míos. Si alguien podía saber donde yo me encontraba eran ellos. Pero ese encadenamiento misterioso de hechos y azares inconexos quiso otra cosa.

En Agosto Darío me comunicó que debía dejar de trabajar conmigo. Tenía fecha de matrimonio: el 15 de Septiembre. Quería hacerse cargo de su opción por vivir en pareja, por asegurar un ingreso, por dejar el

vértigo en que vivíamos. Ante esa razón incontestable yo no podía retenerlo. Más aun, su novia me parecía adorable y me alegraba que fueran los avatares de una campaña donde se habían conocido.

Cuando él partió, también lo hizo Goyo. Un nuevo equipo de seguridad se hizo cargo de mi, ya sindicado como cabecilla de un supuesto intento sedicioso en la Marina, cuyos marinos había sido capturados y tratados brutalmente aunque aun no se había perdido la democracia.

Cambio de equipo, cambio de casa, medidas extremas de seguridad. El golpe se veía inminente. Alertas se sucedían todas las semanas. Todos sabíamos en que terminaría esto, pero todos vivíamos la experiencia angustiosa de ser arrastrados por un torbellino del cual no podías salir.

Así llegó el golpe y el 15 de Setiembre no hubo matrimonio. La muerte se había enseñoreado de Chile y elegido a Darío y Goyo. Los asesinos locos desatados por la dictadura tenían la certeza que sí sabían, lo que ya no sabían. Donde me encontraba.

Según me contaron, Darío y Goyo estuvieron activos después del golpe intentando formas de resistencia y eso también habría influido en su captura. Sin embargo, al conocer de sus cuerpos torturados y asesinados, he tenido entre las cejas la convicción de que estaban identificados como camino cierto hacia el Secretario General del Mapu.

Porque en esos tiempos, entre todos nosotros, unos murieron y otros no, es algo que no tiene lógica. Simplemente fue así. Todos condenados, pero algunos no capturados. ¿Por qué? ¿Si cayó Luis Corvalán, protegido celosamente por el poderoso PC con potente apoyo internacional, porqué yo no caí?

No sirve tratar de encontrar respuesta en alguna lógica. La dictadura de esos primeros días era una maquinaria enloquecida que repartía la muerte sin ton ni son, como ocurre con los asesinos inseguros de su predominio.

Así, por esos azares, llegamos hasta a este momento de recuerdos todos nosotros, las víctimas que no lo fuimos.

Los que aquí estamos no necesitamos de estas placas para recordar a Darío y Goyo, pero es muy necesario que el no olvido vaya más allá de seres mortales como nosotros que nos encontramos en la sesentena cuando no en la setentena. No es que no podamos anhelar vidas distintas a las de entonces, o no podamos perdonar o convivir incluso como hoy ocurre en Chile con quienes estuvieron en el bando de la dictadura. Parte de nuestros sueños ha sido un país sin odios, sin violencia, sin bandos en guerra. Allende mismo habló de otros hombres que abrirían anchas alamedas por donde pasen millones. No llamó a una Patria dividida sino a una Patria mejor para todos, especialmente para los desposeídos, los más modestos. No nos llamó a prolongar una batalla que él jamás buscó e hizo esfuerzos por evitar.

Creo que estaría orgulloso de saber lo que hemos hecho para recuperar la democracia y más tarde desde ella. Estaría también orgulloso de ver que no creemos haber alcanzado algún paraíso terrenal, porque nunca existirán y siempre habrá nuevas injusticias y nuevos avances de los cuales ocuparse.

Pero parte de esa obra interminable es que cada cierto tiempo, un día, tal como ocurre hoy, lo dediquemos a no olvidar a nuestros caídos. A hacer verdad y no una frase de ocasión, eso de que viven en el corazón y la memoria de un pueblo y de nosotros como parte de él.

Quiero agradecer al terminar el trabajo del Comité Memoria Mapu, a cuyo abnegado esfuerzo se debe que estemos hoy aquí y saludar a los familiares de Darío y Goyo que nos acompañan.